

LOS ALLEGADOS

Uno tras otro, sin prisas, y con semblantes de desaliento, fueron traspasando la puerta de la vieja casucha.

Una mesa camilla, rodeada por cuatro sillas de enea conformaban todo el mobiliario del aposento, que parecía destinado a cuarto de estar. Una bombilla de filamento pendía desnuda del bajo y presionante techo. La escasa iluminación eléctrica, unida a la limitada luz natural que dejaba penetrar el ventanuco, proporcionaba un ambiente de semipenumbra, tétrico. La humedad de la estancia, favorecida, sin duda, por la época del año y porque los días anteriores había diluviado, calaba los huesos y olía a moho en cada rincón de la casa.

- Siempre os dije que tendríamos que haberle vigilado de cerca –comentó, con cierta carga de maldad en los ojos, la señorita rubia, impecablemente vestida con un abrigo negro de buen corte, elegante, cabello largo, y ojos discretamente pintados, lo suficiente para producirle cierto realce.

El resto de los reunidos, los tres hermanos de la joven, permanecieron en silencio y con la cabeza baja. Habían asistido tres días antes al funeral del padre, pero sus semblantes obedecían más a la rabia contenida que al aspecto intrínseco propio de un sepelio.

- ¿Estaba la muchachita en el entierro? –dijo irónicamente, recreándose en la entonación de la palabra muchachita, el joven pelirrojo que parecía recién salido de la adolescencia.

- Debía ser aquella elementa que no paraba de llorar, como si de verdad lo sintiera. Iba vestida de negro, tapada como una musulmana –comentó otro de los asistentes con el pelo rubio y con un tupido rizado, como si le hubiesen hecho la permanente.

- De haberlo sabido, le hubiera ayudado a superar el trance –comentó maliciosamente el niño adolescente.

- Déjate de groserías. Chico, a ver si espabilas que no vales para otra cosa, y aún así te querría yo ver en acción –replicó contundentemente la joven.

- Realmente no estás nada mal, Marta, pero no quedaría bien entre hermanos... -comenzó la frase en tono jocosos, pero que dejó a medias ante la mirada inquisitiva de ella-. En cualquier caso, hermanita –continuó, cambiando el discurso, sin duda intimidado, y, tal vez, sopesando su exceso verbal-, el viejo no era nada tonto. Y con suerte. A su edad disfrutando de un pimpollo –remachó el niño, reflejando en su semblante un asomo de duda sobre sus posibilidades.

Marta, con los brazos cruzados por debajo de sus breves senos, le dirigió una mirada aviesa. Era increíble que unas facciones tan dulces pudieran, en un instante, transformarse en semejante carga agresiva.

Enseguida, uno de los hermanos medió para desviar el curso que iba tomando el cruce de palabras desagradables.

- Lo cierto, es que esa jovencita, sea como fuere, nos ha dejado desplumados –dijo quien parecía ser el mayor de los presentes, sin duda más reservado y juicioso, que permanecía de pie, paseando nerviosamente de un lado a otro, y con las manos embutidas en los bolsillos de la gabardina beige-. Ahora corresponde plantearse una estrategia y pasar a la acción. Debemos encontrar algún cabo suelto para recuperar lo que, por ley, es nuestro –añadió.

Tras este breve discurso, los cuatro parecían recogidos en sí, pensando o simulando pensar en un plan de acción. La verdad es que parecía difícil. Todo había quedado atado y bien atado. El notario, apenas dos horas antes, les había leído la última voluntad del finado. Los bienes que testaba no se correspondían con la fortuna que ellos calculaban. Y aún así, la parte de mejora la había reservado para la sufrida muchachita por sus atenciones durante la última parte de su vida. *La única persona que se ha ocupado de mí y me ha hecho feliz los últimos días de vida*, rezaba en un anexo al testamento. Sólo la casa, en la que se encontraban deliberando los cuatro hermanos, constaba como único bien legado. Nada de dinero. Ni un solo euro. Habían hecho algunas indagaciones básicas, como los movimientos de la cuenta del banco durante los últimos cinco años. La cuestión no podía ser más clara, la parte importante de los bienes los había vendido con mucha antelación a su muerte, y el dinero había ido saliendo del banco en cantidades periódicas y en metálico, de modo que era poco menos que imposible seguir su rastro.

Verdaderamente, el hecho de que el único bien que les legara fuese esa vieja casucha, se les antojaba como una burla sarcástica hacia ellos.

Los hermanos –salvo el pelirrojo, que parecía tomarse todo a broma-, daban vueltas al asunto tratando de encontrar una explicación de lo que consideraban *un atropello a su derecho natural* –eso comentó alguno de los presentes-. Señalaban como principal culpable a la joven, que le habría camelado, y quién sabe a qué sucios deseos del viejo habría accedido para torcer de ese modo su voluntad. En segundo término, culpaban al anciano por haber vulnerado sus derechos.

Se preguntaban como dar con ella, abordarla, saber qué tipo de relación había mantenido con su padre, qué había hecho con el dinero de los bienes enajenados. Tal vez tuvieran que tomar medidas de presión, asustarla para obligarla a cantar.

- Bien lo planeó el viejo zorro –rompió el silencio el niño que ni por un momento podía estar callado.

Nadie contestó. Se limitaron a dirigirle una mirada de menosprecio.

- ¿Qué edad le echáis a la chica? –preguntó el hombre del cabello ensortijado, que situado en la línea de luz, se le apreciaba una cicatriz por debajo de la sien izquierda.

- Yo calculo que no debe pasar de los treinta – afirmó sin dudar el mayor de los hermanos, que aún no se había despojando de la gabardina.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro? –preguntó la joven-. Tenía la cara semi tapada.

- En algún momento, en el camposanto, estuve a su lado. El llanto era el de una persona joven, de voz fina.

- ¡Oye, oye! Qué sensibilidad la de Alvarito. Así que es capaz de determinar la edad por el tipo sollozo. Pero sólo de las jóvenes... no de las mayores, quede claro –se mofó el pelirrojo.

- ¿Cómo podría acostarse con un hombre tan mayor, qué encontraría en él? –dijo Marta, moviendo negativamente la cabeza.

- Está claro, hermanita... el dinerito, el dinerito – manifestó resuelto, frotando el índice y el pulgar, el muchacho de cara adolescente.

- ¡Eh, eh, eh! Nadie puede asegurar el tipo de relación que mantenían –dijo Álvaro, tratando de aportar unos gramos de sensatez.

- ¡Ingenuo! –le espetó Marta, con un mohín de arrogancia.

Álvaro comenzaba a dar muestras de impaciencia. Daba vueltas y más vuelta, esquivando el viejo y escaso mobiliario, en el reducido espacio de la estancia. Tan pronto movía la cabeza afirmativa como negativamente. Era evidente que estaba sembrado por un sin fin de incógnitas que no conseguía despejar satisfactoriamente. Los demás hermanos, de cuando en cuando, seguían con la mirada sus movimientos, sus gestos, pero enseguida se desentendían, tal vez creyendo que lo mejor era dejarle pensar, que alguien pensara. Eso sí que era necesario para salir triunfantes del atolladero.

- ¿Cuántos años permanecerían juntos? - Dijo como para sí el hombre de cabello ensortijado, pero dejando la pregunta en el aire.

Hubo un tiempo de silencio. Posiblemente algunos de los hermanos realizaban el cálculo mental; otros, quizá desconocían absolutamente la situación de los últimos años, y simplemente coreaban el silencio dejándose llevar, y evitar dejar en clara evidencia su desinterés por el difunto anciano.

- Pues... cinco años que lo tuvimos en la residencia de lujo... tres en la de las monjitas... Ahí empezó a ir algo mal, no paraba de quejarse cada vez que hablábamos por teléfono. Un día me dijo que se volvía a casa, que había encontrado a una mujer que le iba a cuidar, que no nos preocupáramos. Claro, una mujer, una jovencita... el viejo verde... De esto debe hacer ocho años –reflexionó la joven.

- ¡Caramba, ocho años cuidando a papá!, - exclamó Álvaro-. Bueno, esa chica algo se merece.

- ¡Eh, eh!, que tú estas casado, hermanito. Ya veo por donde vas, pero si alguien tiene que hacer algún trabajito con la moza, ése alguien soy yo –cortó en seco el niñoato.

- ¿Quieres callarte, imbécil? -, gritó descompuesta Marta-. Por favor, continúa Álvaro –dijo suavizando el tono.

- Seamos serios y positivos. Aportemos ideas – dijo en tono sentencioso y con muestras de enfado el hombre de cabello ensortijado, dirigiendo una severa mirada al pelirrojo.

Siguió un tiempo de silencio. Unos recogidos en sí; otros, captando los detalles de deterioro bien visibles del techo y las paredes. Y ésa era precisamente la herencia que los habían legado el anciano, a partes iguales para los cuatro. El poco dinero que quedaba en la cuenta del banco era para la chica que le había cuidado.

El hombre de la cicatriz en la mejilla propuso que hicieran un acercamiento a la chica, que trataran de conocerla, de saber, a través de ella, cómo fue la existencia de los últimos días del anciano, de la vida que había llevado. Pero la propuesta fue cortada de raíz por un murmullo generalizado. Nada de sentimentalismos, se dijo, estamos aquí para otra cosa, no para consolar a su querida, a esa arpía que nos ha desposeído de nuestros legítimos bienes.

- Yo estoy en desacuerdo –dijo Álvaro en tono solemne-. No voy a dedicar más tiempo a este asunto – afirmó con rotundidad-. Me esperan otros más urgentes. Sí, quiero decir que he decidido no hacer nada que tuerza la última voluntad de nuestro padre. Mi conclusión es que nosotros le abandonamos a su suerte, y él ha resuelto establecer las compensaciones del modo que le pareció más justo. ¿Qué tenemos que decir? Mi parte de la herencia os la cedo gustosamente. A cambio me olvido de todo, incluso de la mala conciencia que este triste suceso me hace sentir. Adiós.

Sin volver la vista atrás, salió del salón con absoluta templanza y cerrando suavemente la puerta.

- Bueno, y ahora, ¿qué? –dijo dubitativo el hombre de cabello ensortijado.

- Que tocamos a un cuarto más –dijo entre risas el muchacho pelirrojo.

Marta, en vista de cómo se desarrollaba la situación, no podía disimular su semblante de crispación. Ni por un momento había pensado rendirse a las circunstancias por muy evidentes que fueran. No iba a consentir que esa sucia muchacha se riera en su cara apropiándose de lo que no le correspondía.

El hombre de pelo ensortijado se levantó. Dubitativo dio unos pasos por el salón. Se le notaba que quería decir algo, pero aún parecía sopesar algún matiz. Tomando perspectiva, desplazó la mirada de un hermano a otro, y, por fin, habló: “Bueno, creo que aquí no me queda nada por hacer. Me marcho. La parte que me corresponda os la podéis repartir.”

- ¡Bien, hermanita! Ahora vamos a medias.

Quedaron en silencio. El pelirrojo canturreaba divertido en tono susurrante. La joven elevó la mirada, y la clavó en su hermano; después, dijo con signos de evidente contrariedad: “¿Y tú qué?”

- Yo no te cedo mi parte, aunque también me voy. Sé donde encontrar a la chica. Parece ser que es una muchachita joven y extremadamente sensible. El último que cierre la puerta. Chao.

(Del libro de relatos Algo que contar. T.H.Merino. 2011)